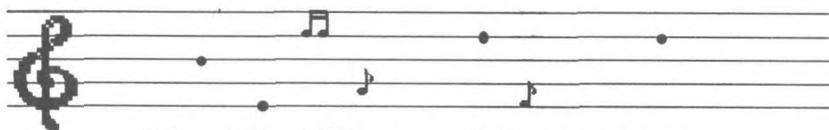


TEMAS MILITARES

EL EJERCITO LIBERTADOR



EN EL HIMNO NACIONAL

Discurso pronunciado en
la Sociedad Bolivariana.

Por : MANUEL BRICEÑO JAUREGUI

Muchas veces me he preguntado ¿qué de nuevo, se podrá decir acerca del Libertador o de su ejército y de los comandantes de la inmortal campaña libertadora? En el Himno Nacional he hallado curiosas referencias al mundo de los griegos.

No ha sido casualidad: Quien lea los poemas de Rafael Núñez encontrará frecuentes reminiscencias de la mitología helénica y de la historia apasionante de los griegos.

Es que el doctor Núñez, a lo largo de su fecunda tragedia y vacilaciones interiores, acudió muchas veces al prodigioso mundo antiguo helénico: a su historia, a sus personajes reales y a los legendarios, al perfil geográfico de sus montañas, a sus ideales profundamente humanos. ¡El humanismo clásico ha sido escuela de los grandes reformadores, estadistas y escritores!

En el libro de Poesías de Rafael Núñez, repetimos, se hallan copiosos nombres de personajes históricos de Grecia -Sócrates, Aristides, Foción, Calímaco, Praxiteles, Fidias, Homero, Leonidas, Safo, y unos más-; de los héroes homéricos -Aquiles, los Atridas, Eneas, Filoctetes,

Helena, Clitemnestra-; de lugares conocidos -las Termópilas, Atenas, el Olimpo, Troya, de los Salamina, Delfos, Corinto y tantos otros-; pero sobre todo de la mitología en que, de las setenta y dos alusiones, sobresalen, para nuestro caso, los indomables centauros de Tesalia y los cíclopes, de fuerza prodigiosa, que prestaron su auxilio en la guerra de Zeus contra los gigantes.

Posiblemente durante su permanencia en Liverpool, conoció Núñez la literatura y la deliciosa historia de los clásicos. Y sin pretenderlo, incorporó primero, en el "himno patriótico" a Cartagena, espontáneas referencias al mito de los viejos helenos. Con el tiempo y por diversos motivos, retocó y amplió las estrofas, cargando de mayor sentido cada verso. Inútil es recordar que la opinión pública consagró el poema como "Himno Nacional" el 11 de noviembre de 1887, cuando se estrenó con la "música de la libertad" en la ciudad heroica. Solo en 1920, por la Ley 33 de ese año, se adoptó de manera oficial como el de la Patria.

Dada, pues, la riqueza del contenido y los detalles que tal vez se nos pasan por alto, quisiéramos hoy penetrar en algunas de esas estrofas, por brevedad sólo algunas, dejando tela cortada para otra oportunidad, y conocer más a fondo aquellas en las cuales la campaña libertadora tiene que ver con la vida, el encantador mito heleno y con la historia. Comencemos:

*Soldados sin coraza
ganaron la victoria;
su varonil aliento,
de escudo les sirvió.*

La coraza y el escudo no eran del siglo XIX. Tiempo hacía que las armas de fuego se habían inventado. Pero un amable anacronismo sirvió al poeta para retroceder, omitir la edad media la de la hidalga caballería de "lanza en astillero y adarga antigua", y remontarse a la época del bardo de Quíos. De este modo injertaba por contraste nuestros ejércitos, pobremente vestidos, semidesnudos, en la epopeya homérica, la más grandiosa de la tierra.

La coraza fue usada desde las más remotas edades en los pueblos primitivos. Fue evolucionando de pieles de animales, toscamente ajustadas al cuerpo, hasta aquellas que describe Homero, como la que Hefesto fabricó de bronce para Aquiles, "más reluciente que el resplandor del fuego", o la de Diomedes, "artísticamente labrada", o la de Asteropeo en cuyas orillas tenía "una franja de luciente estaño".

Pero más vistoso y protector era el escudo. El de Aquiles, por ejemplo, era "grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa bri-

llante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata”, de cinco capas, con muchas artísticas figuras, en que aparecían dos ciudades de hombres en plena actividad, y campos reales y hermosas viñas de oro y plata, y rebaños de vacas de erguida cornamenta, todas de oro, estaño y negruzco acero, y cándidas ovejas, y en la orla del sólido escudo la poderosa corriente del río Océano.

He ahí el orgullo de los héroes de antaño, su mejor arma defensiva, y arrebatarse el suyo al enemigo. Tirteo, el bardo espartano, exhortaba a los jóvenes combatientes antes de la lucha:

“Cada soldado embrace el escudo y acuda derecho a la primera línea de ataque; tenga por enemiga su propia vida; a la oscura fatalidad de la muerte considérela tan querida como los resplandores del sol....

¡Quizás nunca nadie podrá con palabras expresar cada uno de los males que acontecen al soldado que sufre la vergüenza de huir: porque herir por atrás en las espaldas al enemigo que huye, en medio de la guerra hostil, eso es lo más placentero! ¡Cómo es repugnante un cadáver tendido en el polvo, con la punta de una lanza atravesada en las espaldas!...

¡Pero no, que cada cual, bien asentado sobre sus piernas, los pies afirmados en el suelo, mordiéndose los labios, permanezca inmóvil! ¡y que los muslos, las piernas, el pecho y los hombros estén bien cubiertos por el vientre del largo escudo!... ¡Que aprenda a guerrear haciendo grandes proezas y, teniendo escudo, no permanezca lejos de los dardos enemigos: acérquese más bien, hiera el contrario hostil, mátele con la larga lanza o con la espada recta, en combate cuerpo a cuerpo! ¡Y oprimido esté pie contra pie, escudo contra escudo, penacho contra penacho y casco contra casco... Que el pecho trenzado contra el pecho ataque al enemigo: y apriete la empuñadura de la espada o la larga lanza!...”

Hasta aquí un fragmento de Tirteo, el poeta que se cuenta entre “los de más enérgica animación al patriotismo que presente la literatura”, y quien parece habernos descrito la gigantesca valentía y el arrojo tenaz de oficiales, soldados campesinos y llaneros de la campaña libertadora. Solo que los nuestros ganaron la victoria sin escudo y sin coraza. Y si los antiguos helenos fueron dignos de una epopeya, nos sentimos en deuda con los criollos que no han tenido aún quién los celebre si no es el Himno Nacional.

Quién de las generaciones jóvenes admira a los del Puente del Bajo Palacé, donde por espacio de más de tres horas se peleó con el mismo desnudo que describe Tirteo, y donde se hizo notable la vigorosa resistencia de Atanasio Girardot, y donde la caballería independiente

del Capitán Miguel Cabal, quien sucumbió en la refriega, logró la victoria. Y en Juanambú el valor temerario de comandantes y soldados, igual que en el mosquitero, Araure, San Mateo, Carabobo, los Llanos de Casanare, el Pantano de Vargas, el Puente de Boyacá:

*Su varonil aliento
de escudo les sirvió.*

Ahora sí podemos repetir con el espartano, que exclamaba: "Hermoso es para los guerreros caer en primera fila, y bello por la Patria combatir".

Pero esa estrofa tiene aún más hondo sentido y se remonta a los Juegos Olímpicos de Grecia.

Este país austero, rocoso, estéril, del cual un rey espartano decía que cuando nació Grecia "nació con una hermana gemela, la pobreza", era infecundo para la agricultura, y solo entre los pocos árboles abundaba el laurel, de hojas perdurables, inmarcitrables, inmarcesibles. La aspiración máxima de los atletas olímpicos de entonces era ganar una corona de laurel.

Inspirado en la costumbre helénica, quiso "el Genio de la guerra" coronar metafóricamente a sus soldados del pantano y del puente con el fruto más generoso de la tierra boyacense, las espigas de trigo y así:

*Con cada espiga un héroe
invicto coronó*

Sigamos adelante con la gesta libertadora de Bolívar y, a la par, con la historia del pueblo más inteligente de la tierra y sus leyendas: inmediatamente encontramos los centauros, los cíclopes y las termópilas con su celeberrimo Capitán el espartano rey Leonidas.

De este último solo quisiéramos recordar brevemente su actitud y dos epitafios que Simónides de Ceos compuso para la tumba de estos héroes.

En primer lugar, el himno canta que la Patria se forma así, brotando Termópilas. Así, es decir, como aquellos trescientos espartanos en el estrecho paso entre el mar y los abruptos desfiladeros del monte Oeta. Una flota de mil doscientos siete barcos de guerra y el ejército incontable de Jerjes, el persa, se ve sorprendido por Leonidas quien con cuatro mil hoplitas bloquea el avance del rey Medo. Después de varios días, traicionado Leonidas por un contingente poco seguro, despide el grueso de su ejército por no sacrificarlo y con un puñado de trescientos hombres resiste la arremetida enemiga.

-Es tal la cantidad de flechas que van a disparar los persas, exclama alguno, que van a oscurecer el sol. - Mejor, replica Leonidas, así lucharemos a la sombra.

Y allí muere el comandante sin rendirse, y con él los trescientos de la fama. El epitafio de Simónides, que debería grabarse en el lejano sepulcro de nuestros héroes, entraña todo un poema épico:

“Extranjero, ve a anunciar a los lacedemonios que aquí yacemos por obedecer sus órdenes”.

Mudemos con la imaginación los nombres, y en su lugar, recordemos a nuestros lanceros formidables, capitanes y soldados, y tendremos el merecido epitafio que debió escribir la posteridad. Como el treno del mismo Simónides, quien fue uno de los líricos más fecundos y acertados que haya tenido el mundo, a los mismos trescientos inmortales, que podemos aplicar nosotros a los de nuestra independencia, en la iglesia de la Veracruz. Oigamos:

“De los que murieron en las Termópilas, gloriosa fue la suerte, hermoso el fin. Un altar es su tumba; aquí no hay lágrimas, sino recuerdos agradecidos; no compasión, sino alabanza. Ni el orín ni el tiempo, que todo lo consume, borrará este monumento de esplendor.

Este lugar es sagrado. Aquí descansan los valientes, que han arrebatado para sí el honor familiar de toda Grecia. Testigo Leonidas, rey de Esparta, quien dejó en pos de sí soberbio ejemplo de coraje y renombre sempiterno”.

El Himno continúa:

*Constelación de cíclopes
su noche iluminó.*

“Su noche”..., la “horrible noche” de la Libertad de América, perdida.

La constelación por su parte nos remonta a aquellas espadas cual centellas que fulguraron en Junín o pampa de los Reyes, el 6 de agosto de 1824, cuando los realistas huyeron despavoridos ante el ataque irresistible de los escuadrones de reserva de los patriotas, quienes combatieron como los antiguos cíclopes de la leyenda griega...

¡Los cíclopes! Un pasaje de Hesíodo, el gran poeta didáctico del siglo VIII antes de Cristo menciona a tres Cíclopes famosos -Brontes, Estropes y Arges-, cuyos nombres traducidos a nuestra lengua serían “el del Trueno”, “el del Relámpago” y “el de la Claridad”, que por sí solos parecen retratar a muchos de los inmortales comandantes de la libertad.

El mito heleno ha dado a nuestros hombres, simples mortales de estas tierras vírgenes, la dimensión épica de Homero.

Los cíclopes, como si fuesen soldados heridos en la frente caminaban a la luz de un ojo solo. Dotados de sobrehumana fortaleza se enfrentaron a los gigantes, al comenzar la prehistoria, en la lucha colosal con los titanes. "La tierra crepitaba en derredor- escribe Hesíodo- durante los combates. Un bramido tremebundo salía de la espantosa lucha, donde se revelaban poderosas hazañas. Muchos perecieron, es verdad, y en la tierra yacen encerrados por la sombra brumosa, pero sus nombres franquearon el abismo".

También nosotros podríamos recordar tantas batallas y ver los cíclopes de América, por pantanos, puentes, llanos, cordilleras, páramos, pastizales sin término, ríos, ciénagas malsanas, volcanes, desfileros, caminos penosísimos, planicies de palmeras. Una constelación por todos los rincones de la Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia.

¡A dónde no nos ha llevado el Himno Nacional, sin que nos hayamos ocupado todavía de los centauros, calificados de indomables, que

descienden a los llanos.

En el arte aparecen como caballos de cuyas espadas emergen con cuerpo de hombre en lugar de cabeza normal equina. Su fama es conocida más que todo por la memorable batalla con los Lapitas, otra tribu de las montañas de Tesalia. Heracles (Hércules) acabó con muchos centauros, pero uno de ellos, de nombre Neso, se vengó terriblemente.

Los centauros mitad hombres con los brazos libres, mitad caballos fuertes, brutales, se extinguieron con la leyenda. Pero luego revivieron al descender de las alturas convertidos en llaneros, cosidos noche y día a sus corceles de nervios de acero, como aquellos semidioses, solo que los de la independencia americana eran más humanos, más estilizados, más heroicos.

Descendieron a los llanos y con su presencia empezó "a presentirse de la epopeya el fin". Epopeya, el término más justo y apropiado para la estampa viril, señera y trágica del glorioso ejército del Libertador.

*¡Oh gloria inmarcesible,
oh júbilo inmortal!...*